

cer para siempre de la cosmovisión literaria de Onetti: ¿no son el nombre y el personaje de Díaz Grey una constante de la novelística de Juan Carlos Onetti y base fundamental de "La vida breve" y —como ha afirmado algún crítico— el alter ego literario del novelista uruguayo? Sin embargo, en "Dejemos hablar al viento", Díaz Grey es una sombra disuelta en algunos diálogos o soliloquios, la sombra de un nombre sacado del archivo onettiano, el fantasma o el demonio obsesivo de Onetti-autor. Lo mismo pasará con Larsen (Junta o "Juntacadáveres") y Brausen.

De este modo, el relato deviene homenaje (¿final?) a toda la narrativa onettiana, una especie de catálogo y encaje definitivo de las pesadillas del autor que, en este caso, deja que el viento sea el hablador, el narrador del cuento, el decidor omnisciente, mientras el propio autor se limita a enumerar acciones y relaciones, a unificar fórmulas y recuerdos que han ido hilando paulatinamente la posibilidad de la narración.

Tal vez por esta misma razón, "Dejemos hablar al viento" no puede ser, no es, una narración lineal ni en el tiempo ni en el espacio: el final, aunque cerrado y aparentemente definitivo, encierra la línea quebrada de las obsesiones del falansterio inventado por Onetti hace más de veinticinco años. Los personajes que se mueven en sus páginas adelantan ya ese final postergado hasta hoy y se apagan con el viento sin apenas hacer ruido en su exhalación final: como si el autor supiera que les ha llegado el último respiro.

"Dejemos hablar al viento" es, además, novela de varias lecturas, desde la primera y elemental, hasta aquella más literaria e intelectual en la que el conocedor de la narrativa onettiana busca las huellas de hechos y relaciones que no aparecen en sus páginas, pero que corresponden a su mismo mundo. Por eso en la novela se retrata el rostro de un auténtico novelista contemporáneo que no se conformó con uno o dos títulos en beneficio de una pretendida y nunca alcanzada perfectibilidad literaria y creativa. Esta vez, como el viento sacado del verso poético de Ezra Pound, Onetti ha vuelto a hablar después de un larguísimo y sabio silencio para recoger los trozos

dispersos de la ciudad que construyó sobre el papel blanco de su imaginación y en el epicentro de la cual se encuentra siempre esa sensación de vacío existencial y de exilio real, la sordidez de un mundo neblinoso y reservado para la mezquindad de los propios personajes, sólo sombras humanas aquí utilizadas como recuerdos. Llenar las casillas que se

fueron quedando vacías, entre Lavanda y Santa María, es la función del viento hablador de Onetti en esta novela, en medio de la cual flota y gira la vida y recuerdos de Medina, síntesis del mundo onettiano, de artista frustrado y de policía sin vocación. Simbolismo aparte, Juan Carlos Onetti ha dibujado en el viento esos caracteres de mujer que pa-

recen, aquí, ser la única y al mismo tiempo todas las mujeres de su historia, sujetas siempre a las contradicciones y juegos que llevan el relato paulatinamente hasta su desenlace. Hay dos muertes. Y una confesión (la de la sombra de Seoane, hijo ambiguo de la mentira que es y no es) que deja al lector ensimismado, con las ganas de saber si es o no

## ADIÓS A LAS LETRAS

### Mirenles

**L**O que más impresionó de la noche del Ritz, en Madrid, fue que Carmen Martín Gaité, tocada de sombrero negro, afilando esos ojos de cuarto de atrás que tiene, hilandería que es de la pluma, le dijera a José Manuel Lara, que la escuchaba orondo: "Y lo que no podrá hacer en su vida el señor Lara es comprar mis palabras". Las palabras de Carmen Martín Gaité no están en venta. El público aplaudió su aguerrida notificación, y fue el señor Lara, que antes había elogiado caballerosamente a la escritora, quien más le aplaudió. Estos andaluces aplauden en gallego.

Otra cosa que me impresionó fue la erudición del duque de Alba. No es erudito el que sabe cosas, sino el que sabe decirlas. Y el duque de Alba, que usa una barba entrecana que le da un aire oxoniano que conviene a las cosas que dice, sabe decir las cosas que sabe, y lo hace en varios idiomas. Supongo que serán pocos los directores generales que puedan decir correctamente en latín lo que Horacio dejó escrito para que lo copiaran primero Baudelaire y luego Manuel Vázquez Montalbán.

Porque de lo que se trataba aquella noche del Ritz era de presentar los últimos Premios Planeta, ganados, como se sabe, por Vázquez Montalbán, en primer lugar, y, en segundo término, por Fernando Quiñones. Fue una noche feliz, la verdad, porque hasta el tercero en discordia —Leopoldo Azancot— acudió a la cita de las presentaciones, tuvo un amable diálogo con Lara y ambos olvidaron los malentendidos. Luego, en el discurso público, el editor se descubriría ante el escritor y pediría para éste el aplauso del público. Si la escena se hubiera desarrollado en "Fantástico", no hubiera quedado más televisiva. Azancot, en algún rincón del hotel, sonreía en gallego y catalán. Estos andaluces sonríen en catalán y en gallego a un tiempo cuando les da la gana.

Quien sonríe poco, la verdad, es Manuel Vázquez Montalbán, que dijo un par de cosas bien dichas y que arrancó el espontáneo aplauso del público, que con tanta justicia le quiere. Yo le miraba —en realidad cumplía con el dictado del duque de Alba, que había pedido al público que mirara con detenimiento a Manuel Vázquez Montalbán— y me daba cuenta de que aquel hombre iba a decir cosas muy serias: la principal fue que no pediría perdón por haber ganado el Premio; tam-



Manuel Vázquez Montalbán y el duque de Alba.

poco iba a pedir disculpas por ser comunista, y que no iba a dejar de recomendar la lectura de la "Autobiografía", de Jorge Semprún. En su sitio, a la derecha del director general de la Música, Vázquez Montalbán colocaba ante sí, vertical, enhiesto, el libro de su compañero Fernando Quiñones. Este, gaditano sin fronteras, dijo al final que estaba alegre. Carmen Martín Gaité había dicho que eso era consustancial con el ser de Quiñones, pero éste lo repitió por si acaso.

En el patio de butacas me encontré con diversas pieles: allí estaban las dos Cármenes de España, la señora de Tamames y Carmen Díez de Rivera. Juan García Hortelano me daba el brazo para despistarme de Kubala, que nos odia, y Rafael Abella, solícito como siempre, acercaba a Azancot y a Lara y los dejaba hablando en un rincón, como si estuvieran charlando de literatura.

Después del acto siguieron tomando copas, pero yo me fui con Vicente Molina-Foix a ver La Sabina, de José Luis Borau, y entre los dos decidimos que Angela Molina debe ser la próxima Premio Planeta de cualquier cosa. Umbral, aterido, asentía sumiso ante la propuesta. Lara tiene la palabra y los millones. ■ SILVESTRE CODAC.